

Soledades sonoras/ Mónica Mayer

A noche dormí mal. A las cuatro de la mañana desperté sudando y se me voló el sueño. En vez de contar borreguitos, me puse a enumerar posibles causas de angustia.

Antes de dormir vi varios noticiarios. Las apocalípticas imágenes del tsunami en Asia son suficientes para tener pesadillas 10 años. Las noticias de asesinatos en penales de máxima seguridad y linchamientos de policías también. Pero la ansiedad no iba por ahí.

Después pensé que mi insomnio se debía a que me quedé pasmada cuando apareció mi estimada amiga, la curadora Judith Gómez del Campo, en el canal 13 denunciando que están por salir de la cárcel mucho antes de completar sus sentencias dos hombres que intentaron secuestrarla en el estacionamiento de la Universidad Iberoamericana hace unos años. Antes habían secuestrado a otra joven. ¡Uno de los criminales era maestro en la Ibero! También pensé que me había impactado enterarme que el pasado 17 de diciembre asesinaron al artista Luis Miguel Suro en Guadalajara durante un asalto. ¡Tenía 32 años! Sus historias me aterran.

Ya más calmada, después de un vaso de agua, di con otra causa de mi insomnio: recordé que en la mañana había visitado *Soledades Sonoras*, una instalación de Vida Yovanovich que se está presentando en el Centro de la Imagen. No me sucede muy seguido pero hay obras que me calan hasta en inconsciente. Ésta me pegó durísimo.

El planteamiento de Yovanovich parece sencillo. Uno ingresa por un espacio laberíntico, oscuro, hasta llegar a un cuarto en el que dos proyectores dejan fluir imágenes de mujeres en la cárcel. Son fotografías en blanco y negro, proyectadas sobre las esquinas de los muros. Al fondo, un cuarto tenebroso recibe un fragmento de una de las imágenes. La penumbra impera, ahogando toda esperanza. El sonido inunda la instalación: son las voces de las presas relatando sus vidas, las que las llevaron a la cárcel y su experiencia como reclusas. De momento sólo se escucha el ruido ambiental de la prisión. Cuando cae el silencio es difícil respirar.

Pero *Soledades Sonoras* no es una obra sencilla. La instalación es efectiva por su profundidad y su precisión. Siete años visitando cárceles, conociendo a las presas, dan como resultado imágenes de una intimidad y una gama de sensaciones vasta. En ellas no hay prejuicios ni miedo. Tampoco compasión. Sólo hay ganas de entender la vida.

Yovanovich tiene una larga experiencia fotografiando mujeres en situaciones difíciles. Su serie *Cárcel de los sueños*, por ejemplo, por la cual recibió el premio Casa de las Américas en Cuba en 1990 (la encuentran en www.zonezero.com), abordó el tema de la vejez con la misma entrega que ahora se acerca a las presas. Ella no es una fotógrafa que toma su trabajo a la ligera. Sus proyectos van más allá de un producto para exponer o publicar: son compromisos vitales, experiencias que cambian la vida del retratado y de quien retrata. De ahí su fuerza.

Una vez que definí el origen de mi intranquilidad, el sueño empezó a regresar. Me quedé dormida pensando que la obra de Yovanovich resalta el hecho de que muchas presas acaban en la cárcel porque están en un círculo vicioso de violencia: son mujeres sumidas en las drogas cuyos padres también fueron adictos, o esposas que mataron al marido después de soportar años de golpes. También sentí que obras como la de ella pueden contribuir a crear una visión más profunda de los problemas que conducen a la delincuencia. Aunque difícilmente le sirva de consuelo a las víctimas, permite contemplar que hay formas de romper estos círculos y que algún día habrá menos violencia. ¿Será un sueño?

MAYER, Mónica. “Soledades sonoras”. *El Universal*, 7 de enero de 2005.